

LA MATANZA DEL CERDO

EL RECUERDO DE UNA SABROSA TRADICIÓN (II) EL «LECHÓN DE SAN ANTÓN»

Hablamos de pasada, en la primera entrega de este reportaje, sobre el famoso «Lechón de San Antón» y hemos recurrido a nuestras fuentes para que nos ilustren, de primera mano, toda la historia de este famoso animal que cada año se criaba en libertad, vagando por las calles de nuestro pueblo.

La tradición la tenemos que situar en una época relativamente lejana, antes de la década de 1960, cuando, según nos cuentan nuestros mayores, la costumbre del «Lechón de San Antón» comenzó a ponerse difícil por las circunstancias del avance, en todos los sentidos, del estilo de vida. Según nuestras someras investigaciones, era una tradición extendida, al menos en los pueblos castellanos, como era y es el nuestro. El origen de esta costumbre se remonta casi a la Edad Media, y parece ser, según algunas fuentes, que recuerda al pueblo judío y musulmán que tuvieron que convertirse al cristianismo, para lo que, simbólicamente, cebaban y donaban a las parroquias cristianas este cerdo, coincidiendo con la festividad de San Antón.

El ritual finalmente se instauró en muchos pueblos y aldeas castellanas, repitiéndose cada año. Pasado el día de San Antón (17 de enero), Patrón de los animales, alguna persona donaba al pueblo un pequeño cochinitillo que, directamente, se soltaba por las calles de Villarejo. El cerdo comenzaba un periplo que duraría casi un año, en el que su hogar sería el pueblo entero, todas sus calles, todas sus casas... El animal se criaba totalmente en libertad, alimentado por todos los vecinos, por las sobras de las casas, por la basura, por los desperdicios, también con piensos y cereales sobrantes, en fin, el tipo de alimentación preferente de estos animales que ya estudiamos en la primera entrega del reportaje.

El «Lechón de San Antón» no tenía un lugar fijo donde pasar la noche o donde ir durante el día, simplemente vagaba por las calles en busca del sustento que encontraba, muy generosamente, de mano de los propios vecinos. El cerdo se criaba muy «hermoso» y sano, siendo cebado por todos los habitantes de Villarejo, y llegando a superar algunos años las 10 arrobas de peso (115 Kg.), algo menos que los cerdos domésticos, lo cual era también normal, debido al ejercicio que todos los días realizaba. El carácter del animal era, la mayoría de las veces, afable y cariñoso con la gente, llegando a comer de la mano de cualquiera que le ofreciese cualquier cosa comestible.

Como dijimos en la pasada revista, el cerdo es un animal muy inteligente. Nuestras fuentes nos cuentan cómo el lechón aprendía y realizaba las «rutinas» que le agradaban, como acudir cada día al sitio donde más y mejor comida le ofrecían. Sabía dónde estaban los arroyos y cenagales de la época y acudía también asiduamente a rebozarse en ellos y beber el agua que necesitaba. Era habitual ver al cochino por el Pozo Marcos, por el desaparecido «El Pilar» y otras fuentes cercanas a Villarejo.



«Estatua en honor al «Marrano de San Antón», situada en la localidad de La Alberca (Salamanca)»

Sorprendentemente el cerdo jamás se «perdía» ni se iba del pueblo. Era muy inteligente y sabía que «la vida fácil» la tenía en la localidad y no fuera de ella. A pesar de lo cerca y lo fácil que tenía escaparse y buscar una vida incierta, pero al menos en libertad en el campo, el animal prefería quedarse en el pueblo y vivir de la generosidad de nuestros antecesores.

También causa sorpresa, sobre todo viendo la vida actual, cómo el cerdo no tenía los problemas a los que, desgraciadamente, ya hoy nos hemos acostumbrado, como los malos tratos a animales abandonados, los robos o el vandalismo en general. Nuestras fuentes aseguran que nunca se conoció ninguna «afrenta» de este tipo relacionada con el «Lechón de San Antón». Nadie, que se conozca, le maltrató, ni fue robado nunca, lo que dice mucho de aquellas gentes, con muy pocos estudios, pero sí mucha educación y respeto hacia todo lo simbólico e importante. Sólo los más pequeños gustaban de «hacer de rabiar» al animal, aprendiendo éste enseguida la lección y huyendo rápidamente de estas compañías «menos convenientes». En la actualidad, sin entrar en asuntos más sanitarios o sociales, algo parecido, es decir, criar un animal en este plan, sería totalmente impensable.

Y volvía a llegar San Antón, y con él, la hora final de este viejo conocido que ya era muy querido por todo el pueblo. El día 17 de enero los agricultores volvían pronto de las olivas, ya que se tenía que sacar al santo en una procesión que discurría alrededor del antiguo Pradillo, ya desaparecido, entre la actual Iglesia y el Castillo. Al finalizar este acto religioso, se celebraba una rifa a beneficio de la Hermandad de San Antón, donde se sorteaban diferentes artículos, casi todos comestibles (chorizos, melones, etc...) que muchos vecinos donaban a cambio de favores del Santo. Por su-

«A TODOS LOS CERDOS LE LLEGA SU SAN MARTÍN»

Con permiso de nuestro refranero, Anselmo Martínez-Treceño, les voy a comentar el significado de este conocido refrán, aplicado tantas y tantas veces, refiriéndose a personas, entidades, etc., etc., en las esferas de lo social, lo político, lo religioso... El significado del refrán es evidente. San Martín es el día 11 de noviembre, época en la que en muchas zonas de España, incluyendo nuestro pueblo, se comenzaba el ritual de la matanza de estos animales. Lo más habitual era que todos los cerdos, tras apenas 1 año de vida, finalizaran su existencia, precisamente, en torno a la festividad de San Martín.

Este refrán se suele utilizar para recordar que en algún momento, todo se acaba y si alguien, algunos o alguna organización, de cualquier índole, está haciendo, a conciencia, algo malo a los demás, sus actos se volverán también en contra suya, alguien le juzgará y tendrá que pagar por ello, más tarde o más temprano.

LA MATANZA DEL CERDO

puesto, el «regalo estrella» era el «Lechón de San Antón». El vecino que era agraciado con este premio, recibía este auténtico vergel de alimentos, ya totalmente criado y listo para su matanza.

Hoy, por supuesto, ya no existe esta tradición en nuestro pueblo, ni siquiera en la retina de los «maduretes», como el que les escribe. Nuestros padres, apenas si recuerdan atisbos de la misma y se tienen que remontar a su niñez, y tenemos que recurrir a nuestros abuelos que son los que aún guardan en su memoria todos los detalles y anécdotas de esta llamativa tradición que se repetía, año tras año, desde tiempo inmemorial, en nuestro pueblo y en muchos otros de Castilla.

Algunos pueblos castellanos como La Alberca (Salamanca), se resisten a perder la costumbre y mantienen aún en sus calles al «Lechón de San Antón», más como atractivo turístico, intentando mantener, aunque sea simbólicamente, su sentido primigenio. El «Marrano de San Antón», llamado así en esta localidad, es un cerdo de raza ibérica, y se cría tal y como hemos contado en estas líneas. Tras unos meses de crianza en libertad por ese pueblo, el animal es subastado entre los habitantes, previa compra de unas papeletas, y su recaudación la Parroquia la destina a obras sociales o a una ONG determinada. La devoción de estas gentes por esta historia que ya se ha convertido en leyenda, les ha hecho dedicar una estatua a la importancia del cerdo en la historia de la localidad.

No me canso de repetir la sorpresa que me causa que algo así haya podido ocurrir, de manera general y habitual alguna vez, no sólo en Villarejo, sino en cientos de localidades de la antigua Castilla. Actualmente cualquier objeto, cosa o animal llamativo, en la calle, sin ninguna vigilancia, como ocurría en este caso, sería presa fácil de desaprensivos y vándalos que parece que esperan la ocasión para dar rienda



«El Marrano de San Antón por las calles de La Alberca (Salamanca). Foto El Mundo»

suelta a sus instintos más básicos y abyectos. Sólo tenemos que ver los daños que habitualmente sufre el mobiliario urbano, los adornos navideños, los robos indiscriminados o los maltratos a los animales domésticos abandonados.

Por suerte, y como se suele decir, son pocos, pero se hacen mucho de notar y, por fortuna, la gran mayoría de la gente no es así y aunque todos comprendemos que el «Lechón de San Antón» ya tiene poco sitio en esta sociedad (con algunas excepciones como hemos visto), también por motivos lógicos y sanitarios, cuánto tenemos que aprender aún de nuestros abuelos, ¿verdad?

